

Anexo 2

El mal en el cristianismo

En el cristianismo no hay una lucha entre Dios y el mal, sino entre las fuerzas de la Luz y las de las tinieblas. Dios ayuda a las fuerzas de la Luz, pero no lucha, porque la voluntad del Todopoderoso es omnipotente, no habría posibilidad de combate, a un simple mandato de Dios el mal y todas sus criaturas desaparecería.

El mal no es una fuerza impersonal, el mal es el pecado. El mal no es una especie de magma etéreo y oscuro, sino las malas acciones concretas y también, por supuesto, los seres personales que se han convertido ellos mismos en portadores del pecado. En la Sagrada Escritura hay personajes que es como si encarnaran el pecado por haberse encauzado hacia él de un modo permanente e intenso. No sólo los demonios, no sólo los hombres condenados en el más allá, sino que también sobre la tierra ya hay hombres que encarnan el mal, hombres que parecen petrificados en el pecado.

El concepto de Redención no es un concepto simple que se explique en una palabra. Al final hasta la misma Palabra ha venido a explicarnos qué es la Redención. Nos la explicó y la llevó a cabo. Podríamos decir, *quodammodo*, que la entera Biblia es la explicación de ese concepto. El concepto de *redemptio* supone un rescate, el pago de un rescate para ser liberado, la cantidad que debía satisfacerse por un esclavo para ser liberado de su estado de esclavitud. En el cristianismo, Dios paga esa cantidad. Eso implica la concepción del pecado como una especie de deuda objetiva, deuda que es personal. Pero la suma de todas las deudas personales, la suma de todos los pecados (pasados, presentes y futuros) de la humanidad forma una deuda que debe ser satisfecha. Una auténtica y verdadera deuda. Una deuda objetiva que nos ata. Los pecados de toda la humanidad suponen una cadena que atan a sus culpables, una cadena que los ata a la culpa, que los ata a la obligación de satisfacer, de reparar. Esa cadena es quebrantada por Cristo, la losa que

oprimía a la humanidad es corrida por el Mesías en la Cruz. Ya no importa lo que hayamos hecho, ya no importa lo que podamos hacer, TODO HA QUEDADO BORRADO. Borrado y perdonado siempre que aceptemos las condiciones que se nos imponen para quedar libres.

Hay unas condiciones, el perdón de Dios no es incondicional. La Redención no supone la abolición del bien y del mal, es la satisfacción de la deuda por el mal. El ser humano deberá reconocer el orden divino, aceptar su culpa y enmendarse. La Redención no es una oportunidad para seguir pecando sin miedo al castigo. La necesidad de la enmienda (o al menos del sincero deseo de la enmienda) es insoslayable, lo contrario supondría no haber entendido que el concepto de redención precisamente lo que subraya, lo que deja muy claro, es el carácter objetivo de la iniquidad, el carácter objetivo que supone el desorden moral en la armonía y orden del universo. Ese mal es tan objetivo, tan grave, que la Divinidad dispuso de los complicados y arduos mecanismos de la Redención para extinguir la deuda.

Anexo 3

El III Reich y el mal

Se han realizado muchos estudios acerca de la Alemania nacionalsocialista, estudios políticos, económicos, sociales, militares... pero si hay un análisis de esa realidad que es imprescindible e insoslayable es el análisis religioso. En mi opinión, la alemania hitleriana es el ejemplo más claro de como el mal puede adueñarse no ya de individuos, sino de una sociedad entera, e iniciar un proceso de descomposición moral cada vez más acelerado, cada vez más aberrante. Ha habido otras sociedades en las que el mal ha tomado las riendas, pero el III Reich es entre todas ellas la versión más acabada de una nación entera sumida en las tinieblas de la iniquidad.

Hay que dejar claro que para que el mal tome las riendas de una sociedad ya sin traba alguna, ni dique que lo contenga, no es preciso que todos los ciudadanos participen de ese mal. Basta con que un cierto tanto por ciento de esos ciudadanos se envilezcan totalmente para que se alcance una, digamos, masa crítica cuya fuerza arroje a esa sociedad al abismo. Por ejemplo, basta que el 25% de los habitantes de una nación sea completamente subyugada por el mal, para que esa cuarta parte de la población consiga convencer a otra cuarta parte de que les apoyen, y contamine con bastantes de sus ideas a otra cuarta parte. Nunca una sociedad va a sucumbir al 100%. La parte de los totalmente envenenados por una doctrina será siempre muy inferior a la de los parcialmente intoxicados. Y la parte de los que callarán será incluso superior. Siempre que se habla de la Alemania Hitleriana se está hablando de una situación geográfica y temporal, incluso en el momento del apogeo nacionalsocialista fueron innumerables los que nunca apoyaron el programa nacionalsocialista. Conviene recordar que antes de Hitler llegara al poder, nunca logró alcanzar más del 37% de los votos en unas elecciones libres. Pero alcanzada cierta masa crítica, como desgraciadamente sucedió, el 63% de la población restante (queriendo o no queriendo) se vio en los años siguientes arrastrada al abismo.

Hechas estas matizaciones creo que la sociedad hitleriana supuso un triunfo mucho mayor del mal que la Unión Soviética. El marxismo siempre fue una doctrina más benigna que el nacionalsocialismo. Marx siempre fue mejor que Nietzsche. Al menos Marx buscaba el bien de los pobres, una sociedad justa. El nacionalsocialismo, doctrina verdaderamente demoníaca, nunca buscó eso. Desde el principio nunca ocultó que la sociedad del futuro que pretendía era una sociedad en la que unos pueblos someterían a otros pueblos, un Nuevo Orden en el que las élites dominarían incluso sobre el resto de la población alemana. Una sociedad militarista en la que las capas más débiles de la población deberían sucumbir por el bien de un nuevo orden deificado al que se sometía todo. El nacionalsocialismo promovió el ocultismo dentro de las SS, inició una verdadera y auténtica idolatría del Führer, enseñó a la población a conculcar los valores de la religión como valores burgueses, despreció los Diez Mandamientos como las cortapisas de una mentalidad débil. Si el marxismo supuso una terrible opresión, una espantosa persecución, desde el punto de vista intelectual, el nacionalsocialismo fue una doctrina que parecía extraída del mismo infierno y enseñada por los mismos demonios.

De hecho los campos de concentración no fueron otra cosa que la construcción de infiernos en miniatura donde hombres-demonio destruían al hombre modelado a imagen de Dios, destruían la imagen de Dios en el hombre. El que los uniformes de las SS fueran completamente negros, el que tuvieran una calavera en sus gorras y una nueva cruz (que no era la cristiana) en sus brazaletes no son casualidades para los creyentes. Los integrantes de las SS, la que iba a ser la élite de ese Nuevo Orden, aprendices de asesinos, aprendices de brujos, enemigos feroces del cristianismo, estaban bajo las órdenes de ese archidemonio que era Heinrich Himmler. Aunque si uno lee las biografías de ambos hombres, Hitler y Himmler, claramente se descubre como éste hombre todavía estaba por debajo de la maldad de su Führer que ejerció algo parecido a un verdadero encantamiento, a un hechizo, que subyugó con los lazos de la mentira a almas de toda condición.

En los ojos de Hitler se atisban los destellos indudables de una iniquidad como pocas veces se ve. Su boca se transformó en la boca a través de la que hablaba el mal. En las filmaciones se le puede ver acariciando a un niño, sonriendo ante una joven que le entrega un ramo de flores, pero detrás de esa sonrisa se ve un rostro y una mirada en la que reinan la soberbia, el odio, la crueldad, la ira, la mentira, el rechazo de Dios, todos los pecados capitales.

Podemos ver una porción de todo eso en un Stalin, en un espantoso Pol-Pot, podemos entrever un bosquejo del III Reich en el terror de la Revolución Francesa, en el fuego y sangre de las columnas de decenas de miles de hombres enviados a la muerte por la gloria de la Francia Napoleónica. Pero el modelo más acabado de ese dominio del mal lo encontramos entre 1933 y 1945 en Alemania. Un mal que no fue obra de un solo hom-

bre, sino fruto de una locura colectiva que desgraciadamente la construyeron hombres cuerdos.

Ese imperio perfecto del mal, todo lo "perfecto" que ese imperio puede llegar a ser en este mundo, tuvo unos protagonistas que conocidos de cerca nos ofrecen todavía más información de como el III Reich fue ante todo y sobre todo una cuestión moral, religiosa, espiritual.

Peter Padfield, en su magnífica biografía de Himmler, daba comienzo a su libro de 840 páginas imaginando al pequeño futuro fundador de las SS haciendo de monaguillo en un santuario de Baviera. Y escribía:

Pensé el joven Heinrich Himmler cuando los niños del coro se unieron a la procesión. Llevaban túnicas blancas y tenían los ojos muy serios. (...) Cuando era un joven de diecinueve años, había escrito en su diario: "Pase lo que pase, siempre amaré a Dios, le rezaré y le obedeceré y defenderé a la Iglesia Católica, aun en el caso de ser expulsado de ella".

Lo cierto es que muy pronto encontró otra fe opuesta a la Iglesia y se expulsó él solo y luego la atacó con todas sus fuerzas declarando que los sacerdotes eran el mayor cáncer que podía sufrir un pueblo³⁰.

El interrogante no hay forma de evitarlo: ¿qué ha sucedido para que un niño bueno se transforme en un demonio? La respuesta está repetida una y otra vez durante dos mil años en los libros de espiritualidad y moral de la Iglesia. Quizá esta apelación a los elementos de la cosmovisión cristiana para entender el III Reich pueda parecer a algunos que se trata de una deformación del autor de estas líneas que es un sacerdote. Pero muy por el contrario, lejos de ser esos elementos un añadido que deforman nuestra visión objetiva del tema, suponen unos elementos imprescindibles para comprender lo que realmente tenían en mente los autores de ese Nuevo Orden. Y para ello, entre los ilimitados ejemplos que podría ofrecer, voy a aporar sólo un botón de muestra.

El 12 de septiembre de 1944, cuando la guerra ya se veía perdida y los ejércitos retrocedían, Kersten, el médico personal del Jefe Supremo de las SS, *"le hizo una petición de clemencia para un grupo de veintisiete sacerdotes. En el curso de la discusión,*

³⁰Peter Padfield, Himmler, pg 3 (Editorial La Esfera de los Libros, 2003, Madrid).

Himmler le confesó el error que habían cometido los nazis en atacar a la Iglesia. Había quedado patente que era más fuerte que ellos, el Partido, pero se preguntaba si a pesar de todo lo que habían hecho en su contra, todavía quedaría sitio para ellos dentro de ella. Se mostró de acuerdo con liberar al grupo y le preguntó: "cuándo esté muerto, ¿rezarán los sacerdotes también por mi alma?"³¹

Que esa pregunta saliera de la boca justamente de ese jerarca nazi parecía la ironía más grande que podía deparar la Historia. Pero no era sólo él, Canaris al final del Régimen pasaba horas y horas en iglesias católicas rezando. Por el contrario, a Hitler se le vio en alguna ocasión paseando furioso y echando espuma por los labios³².

En 1943, dos semanas después de la caída de Stalingrado, el grupo denominado La Rosa Blanca imprimió miles de panfletos y los tiró en el patio de la Universidad de Munich. La Rosa Blanca era un grupo cristiano que actuó en esa universidad como una muestra más de esos millares de héroes alemanes que conformaban la mejor y más noble parte de esa Alemania que nunca apoyó a Hitler. Ese grupo escribió en esos panfletos, panfletos que leyeron miles y miles de alemanes, las siguientes palabras que son la síntesis más lúcida que yo he leído nunca acerca de lo que es nacionalsocialismo:

"¿Quién ha contado los muertos, Hitler o Goebels? Con toda seguridad, ninguno de los dos. (...) El dolor penetra en las casas de campo, en la madre patria, y no hay nadie que enjuge las lágrimas de las madres, pero Hitler miente a aquellos a quienes ha arrebatado su tesoro más preciado y a quienes ha conducido a una muerte sin ningún sentido.

Todas las palabras que salen de la boca de Hitler son mentiras. Cuando dice "paz" se refiere a la guerra y si de la forma más sacrílega usa el nombre del Todopoderoso, se refiere al poder del mal, al Ángel Caído, a Satán. Su boca es la hedionda puerta del infierno y su poder está envilecido. Ciertamente tenemos que librar una batalla en contra del terror del Estado Nacional Socialista con todos los medios racionales que tengamos a nuestro alcance, pero cualquier que abrigue todavía alguna duda sobre la existencia de los poderes demoníacos ha malinterpretado absolutamente el trasfondo metafísico de esta guerra. Detrás de lo concreto, detrás de las percepciones materiales, detrás de todas las consideraciones expositivas y lógicas se oculta lo irracional, es decir, la bata-

³¹Peter Padfield, Himmler, pg 678. Los datos han sido tomados de A. Besgen, Der stille Befehl, (12.9.1944) Munich, 1960, pg 35.

³²Peter Padfield, Himmler, pg 642.

lla contra el demonio, contra los emisarios del anticristo."³³

Sí, en esa guerra que se estaba librando en Europa y otras partes del mundo había muchas luchas menores, pero la síntesis de todo, el trasfondo de todo, estaba en esa guerra entre el bien y el mal, entre los seguidores del Árbol de la Vida y los seguidores del Árbol de Conocimiento del Bien y del Mal.

El contenido de aquel panfleto que les valió la muerte tras terribles torturas a sus autores, dos hermanos, fue la síntesis más lúcida de todo lo que estaba pasando en Centroeuropa. La raíz de todo aquello era de esencia moral, el resto eran cuestiones accidentales. Detrás de lo concreto, detrás de los personajes, detrás de las razones menores, estaba la lucha entre dos cosmovisiones: la visión cristiana o la visión de un mundo sin Dios ni moral. En medio de esta lucha no cabían medias tintas, no cabían neutralidades, una de las dos visiones del mundo y de la historia prevalecería sobre la otra en el Viejo Continente. El silencio sería culpable. La Historia no perdonaría los silencios. Gracias a Dios la más perniciosa semilla fue erradicada a base de mucha sangre, pero la Historia hubiera podido ser diferente si unos pocos hombres en diversos países hubieran optado por condescender, por no oponerse, por no luchar cuando ya no quedó más remedio que luchar. Si Estados Unidos se hubiera inhibido del problema, si el Reino Unido hubiera pactado una paz "honorable", si unos pocos hombres influyentes hubieran optado por la vía más cómoda, por el bien a corto plazo, entonces una nueva mentalidad hubiera echado sus raíces en la misma tierra que vio erigir catedral tras catedral.

El que una nación civilizada y culta como la Alemania pre-hitleriana, defensora de los valores de la razón, cultivadora del legado clásico, cayera de repente bajo la oscuridad, nos recuerda que cualquier sociedad que se aleje del camino del Bien, en cualquier momento puede caer presa de los hechizos de la iniquidad. El III Reich es un aviso, un recuerdo, de que lo que les sucedió a ellos nos puede volver a suceder a nosotros.

Somos muy condescendientes con el mal de la sociedad cuando éste se vuelve generalizado. No nos damos cuenta de que cada cesión, cada renuncia a lo que es el recto camino de la Ley Natural, nos acerca un poco más a esa situación de una nación debilitada en su conciencia que como un cuerpo enfermo, puede sucumbir a la enfermedad, a una nueva noche.

³³Peter Padfield, Himmler, pg 538 .

Anexo 4

La Ciudad de Dios y la Ciudad del hombre

La *Civitas Dei* y la *Civitas Hominis*³⁴, no son la Ciudad del Bien y la Ciudad del Mal. Sería muy sencillo si fuera así, si todo estuviera concentrado, agrupado y delimitado. Pero el mundo es algo más complejo e intrincado de lo que puede parecer a primera vista. Y no sólo ambas ciudades están entremezcladas, sino que ni todo lo que hay en la *Civitas Hominis* es malo, ni es bueno todo lo que está en esta ciudad de fundación divina pero todavía administrada por hombres de la tierra.

Viendo a lo lejos ambas ciudades no podemos dejar de pensar lo bello que es este mundo, lo apasionante que es la historia que genera la relación de lucha, conocimiento y amor de estas ambas ciudades. Y nos damos cuenta, una vez más, agradecidos, que Dios eligió éste entre todos los mundos posibles. Que Dios eligió este mundo para que naciéramos; divina elección. Aunque eligió el mundo sólo permitiendo, Él sólo permitió. Pero sólo quiso permitir lo que quiso. Maravilloso ajedrez digno de ser jugado por una mente celestial.

Un ajedrez digno de ser jugado por Él, pero en el que Él no juega. Dios contempla nuestras jugadas. No hay contrincante para el Ser Supremo. Es cierto que las fichas se vuelven negras sólo si quieren. Es cierto que Él sólo coloca fichas blancas en el tablero. Pero no es un mero espectador. De vez en cuando, si el mal llega muy lejos, pone un dique a las olas y se inmicuye permitiendo tal o cual hecho que como una maquinaria implacable desbarata todos los proyectos inicuos. A veces la mejor de todas las jugadas, el más inevitable de todos los planes queda truncado, cae en el vacío de la nada, por una sola y única célula cancerígena que comienza a reproducirse insensible a los planes de

³⁴La Ciudad de Dios y la Ciudad del Hombre.

ese jugador. Otras veces ante los ojos del Espectador derrapa un coche en una curva o tiembla la tierra en el grado 8 de la escala de Richter. Dios no juega, pero sus hijos están en el tablero, las reglas las ha hecho Él y ante un tema tan serio como la eternidad si hace falta derrumba parte del tablero, lo incendia o las fichas caen a millones presas de una peste que los médicos (que siguen curando con sangrías) achacan a viciada toxicidad de los aires pútridos. Por si el lector no lo ha notado, nuestros médicos ante Él, ante su ciencia infinita, siguen siendo como los de las sangrías.

Sí, éste es un juego en el que a cada ficha le es dado no ser vencida, salvo que se deje ganar. Puede ser retirada del tablero, pero no se pasará al otro bando salvo que se deje derrotar. Es el placer del juego, sin la tristeza de la derrota. Y todo porque hace dos mil años, en una parte de la cuadrícula del tablero, fue plantada la Cruz redentora. Desde entonces ha quedado patente a todos que en este combate entre el bien y el mal pierde el que quiere. Desde entonces la Ciudad de Dios y la Ciudad del hombre mueven sobre el tablero sus fichas. Desde hace dos mil años las reglas del Gran Juego Universal han sido explicadas, en Palestina.

Hasta que llegue el jaque mate definitivo. todavía podemos admirar el panorama de ambas ciudades en la llanura de la Historia. Y no nos sentiremos abrumados ante el mal que pulula ante nuestros ojos si nos percatamos de que la lista de males posibles es infinita. No sé si se han dado cuenta (los que se quejan de lo mal que va todo) de que esa lista no tiene fin. La deformación posible de todos los bienes, la combinación de tales degradaciones, supone un listado sin principio ni fin. Sólo Dios conoce toda esa lista. Sólo Él la conoce en toda su extensión, en todos sus detalles, tipos y subtipos. Bajo esa perspectiva (la perspectiva de lo que podría ser) la contemplación de las dos ciudades resulta casi agradable. Nunca todo va tan mal como podría ir.

Una de las dos ciudades la creó la *conversio ad creaturas*³⁵. La otra fue fundada como una *conversio ad Deum*³⁶. Hay muchos apologistas hoy día de la Ciudad Humana, apologistas de una ciudad meramente humana y solo humana: desconocen plenamente la naturaleza de la partida en la que se hayan inmersos. Son como los que en 1937 creían que Adolf Hitler sólo quería hacer que los trenes llegaran a su hora. No sabían con quien se estaban jugando los cuartos, si se me permite la expresión. Pues bien, ahora lo mismo. En medio del tablero está suelta la Serpiente Antigua, el Gran Dragón, y no va en busca

³⁵Vuelta a las criaturas.

³⁶Vuelta a Dios.

de ninguna otra cosa más que de almas.

¿Y es la Bondad Suprema la que permite que esté suelto semejante monstruo y tantos otros engendros menores, muchos de ellos humanos? Pues sí. Dios quiere permitir el mal. Pero no nos *olvidemos que la paciencia de los mártires supone la persecución de los tiranos*. La medida del odio del verdugo nos da la medida del amor en la paciencia de la víctima que sufre por amor a Dios. Lo terrible es que uno será verdugo y otro víctima, que uno gana el cielo y el otro el infierno. Pero cada uno elige su papel en esta vida.

Lo que es cierto es que no es posible la vida del león sin la destrucción de otros animales. No es posible el bien de la existencia del león sin el mal de la destrucción de otros seres buenos. Y como dijo Journet "es muy verosímil que nadie haya trabajado tanto como el Diablo en favor de la santidad de Job, aunque nadie la haya deseado menos".

Algunos se preguntarán: ¿Necesitaba el plan divino que el mal desplegara tanto poder? Después de contemplar con la mente las infinitas posibilidades del mal, respondo: sólo hemos leído unos párrafos del prólogo de la enciclopedia del mal posible. No nos debemos quejar, debemos dar gracias.

Maravillosa inteligencia de un Ser Supremo que permite dentro de su orden que se transgreda ese orden. Dios permite que se le ofenda. Dios permite que se le blasfeme. Dios permite el error. Dios permite todo lo que es bueno que sea permitido. Dios conoce la medida perfecta en la que es bueno que el mal sea permitido, y la medida más allá de la cual es malo que ese mismo mal continúe siendo permitido. Ninguna criatura, ni la más rebelde, traspasa esa medida más allá del orden de Dios. Solemos conocer esa medida como "la paciencia de Dios", pero en realidad Dios no pierde la paciencia.

La Justicia de Dios no llega ni demasiado tarde para los que la piden, ni demasiado pronto para los que la temen, sino en su momento justo. Esta sublime aseveración de Dante nos ayuda a comprender las reglas de este juego cósmico en el que estamos involucrados.

Si entendemos esas reglas, todas y no sólo algunas, comprenderemos porqué no es verdad que Dios sea demasiado bueno para que exista un infierno. Sino que más bien entenderemos que Dios no sería bueno si no existiera el infierno. Un Dios bueno, requiere que pueda existir un infierno porque el amor no se impone. Una más profunda comprensión del abismo del mal requiere y conlleva una más elevada idea de la excelsitud de Dios.

Anexo 5

Enfermedad psiquiátrica y vida cristiana:

Patología psiquiátrica:

bioenfermedades
psicoenfermedades
pnemoenfermedades

Aunque ya antes en dos cuestiones he abordado el tema de la psiquiatría, en una cuestión en relación al demonio, y en otra en relación al poseso, ahora acabada toda la obra he visto la utilidad de decir algunas cosas más en relación a la vida cristiana.

No creo que sea muy necesario insistir en que una cosa es la enfermedad mental y otra distinta la vida espiritual. Uno puede ser una persona muy religiosa y, sin embargo, sufrir una enfermedad mental. Uno puede llegar a ser un santo y a pesar de ello comenzar a sufrir una patología psiquiátrica. O incluso santificarse en la enfermedad. Dejando claro, por tanto, desde el principio la diferencia que hay entre la mente y el espíritu, quiero al mismo tiempo explicar algunas cosas acerca de la relación tan profunda que existe entre la vida espiritual y la salud mental.

La vida espiritual cristiana influye del modo más benéfico que nos podamos imaginar sobre la salud mental. La obediencia a los diez mandamientos, la sumisión de la voluntad a las mortificaciones que la Iglesia ha dispuesto para sus fieles, la práctica de la mortificación y de la penitencia suponen una verdadera escuela de fortalecimiento de la voluntad. La voluntad se fortalece, se acostumbra a imponerse sobre los movimientos desordenados que subyacen en todo ser humano. Esas pasiones desordenadas abandonadas a sí mismas, sin una voluntad que las controle, son la semilla de pulsiones que pue-

den arrastrar a la psique a verdaderas patologías que con el tiempo se vuelven incontrolables.

En el momento que los enfermos llegan al despacho del psiquiatra, esas pulsiones sí que son fuerzas ya ingobernables. Por eso el que las sufre pide ayuda al médico. Pero al principio, años antes, sí que en la mayor parte de los casos esas mismas pulsiones (antes de llegar a serlo) habían sido tendencias controlables a través del consejo del sacerdote en el confesonario y de la acción de la gracia del sacramento del perdón.

Todos los sacerdotes que ejercemos el sagrado ministerio de la confesión sabemos que hay penitentes que si durante años y años no hicieran continuos actos de arrepentimiento, si no estuviera la voluntad de ellos conteniendo día tras día esas bajas inclinaciones, si se abandonaran a esos instintos, esas pasiones se transformarían en fuerzas destructoras de la persona en la que radican. Y lo que con el tiempo se hubiera transformado en una fuerza obsesiva se queda en una mera tendencia contra la que el sujeto lucha semana tras semana.

Muy por el contrario de lo que afirma una buena parte de los psiquiatras, la represión de las pasiones no es fuente de enfermedad sino el medio por el que se fortalece la voluntad. La voluntad, como un músculo, debe ser robustecida y consolidada a través de repetición de actos en todo ser humano. Las pasiones, cualquiera de ellas y muy especialmente la sexual, sin control, se transforman en fuente creciente de insatisfacción. La insatisfacción no nace de la represión, sino de la pasión. Uno podría pensar que cuanto más satisfacemos una pulsión más aquietado estará ese apetito. Pues no. Todo lo contrario. Cuanto más exacerbado e incontrolado sea un impulso, mayor será la insatisfacción, con independencia de que ese impulso obtenga más o menos veces la consecución de sus fines. Eso será indiferente. Cuanta mayor es la pasión, mayor es la insatisfacción. Por ejemplo, cuantas más medidas de seguridad toma un paciente con pánico a las arañas, más miedo siente a ellas. La insatisfacción de haber logrado esa seguridad está en relación directa y proporcional a las medidas que tome. Cuantos más medios disponga para protegerse de las arañas, más insatisfecho estará de su seguridad. Cuanto más ceda a esa pulsión, más aumentará esa insatisfacción. Por mentar otro campo mucho más común en el mundo psiquiátrico, el más insatisfecho sexualmente, paradójicamente, será no el célibe, sino el ninfómano.

Este mismo mecanismo de la psique se puede trasladar a todo tipo de pulsiones. Desde el desaforado impulso a proteger en el síndrome de Munchausen por poderes, al impulso de huir de determinados espacios en la agorafobia o al impulso a satisfacer las fantasías sexuales de dominación. Pues la, aparentemente, más inofensiva pasión, miedo o impulso es una semilla de desequilibrio sin una voluntad que la controle. Por lo tanto el fortalecimiento de la voluntad es la primera tarea del psiquiatra a la hora de controlar los

impulsos, y también es la primera tarea de todo sacerdote en la dirección de las almas. La practica de la penitencia corporal (ayunos, cilicios, disciplinas) supone el triunfo de la voluntad sobre las partes rebeldes de nuestra psique. La cruz frente a la insatisfacción. La cruz es la medicina que cura la no resignación, que sana el no aceptamiento de la situación real, que somete a la persona a sufrir por amor a Dios lo que sea, a aceptarse uno con todas sus propias limitaciones y a luchar contra esas partes negativas de un modo progresivo, optimista y continuado.

El mero hecho de tener que confesar los pecados es una fuente de higiene mental. El tener que confesar lo que más averguenza, los secretos más oscuros de la mente, supone un proceso de autoeducación desde la infancia en orden a desnudar nuestra psique para someterla al juicio ajeno. Ya sé que la confesión es ante todo y sobre todo una gracia. Pero Dios podía haber otorgado esa gracia sin necesidad de confesar los pecados, como sucede en el bautismo. Pero Dios, conocedor perfecto de la mente humana y sus mecanismos, dispuso esta sanísima norma de salud psíquica: la confesión oral de los pecados con su número y especie. Cuanto más le cuesta a alguien desvelar esas intimidades, más necesitado está de ello.

Y si insistio en hablar de la confesión o los mandamientos o la penitencia corporal desde un punto de vista natural, es para mostrar como las prácticas y enseñanzas de la Iglesia lejos de ser antinaturales, son el correctivo más adecuado para nuestra naturaleza, pero como ya he dicho, además, está el aspecto de la gracia, mucho más importante.

Para los creyentes, la oración y los sacramentos son fuente invisible, diaria y poderosa de corrección de esos aspectos de nuestra naturaleza mental que se pudieran desviar. Y entre todos los medios con los que cuenta la Iglesia, sin duda, la comunión diaria, la recepción del Cuerpo de Cristo, es la medicina más grande que existe para la salud mental de cualquier persona sea cual sea su enfermedad. Si el contacto de Jesús sanaba a todo tipo de enfermos, también estos enfermos, los mentales, deben acercarse a Jesús en busca de la salud de su mente. Aunque la enfermedad tuviera un origen meramente químico, Jesús es médico de toda enfermedad.

Nuestro Redentor sigue sanando todo tipo de patologías. Pero lo explicado y el hecho de que Él sane, no significa que el origen de la enfermedad esté en lo espiritual. Los remedios espirituales cristianos (sacramentos, oración, buenas obras) nos merecen premio para la vida eterna, pero además constituyen una medicina para la mente. Lo cual no significa que esos remedios espirituales curen todo, ni mucho menos, ni que sustituyan a la psiquiatría, ni que las patologías psiquiátricas tengan su origen en el pecado o en el debilitamiento de la voluntad. No es eso lo que se ha dicho. A veces una afirmación es

cierta, pero su reverso no lo es. Si es cierto que los sacramentos son fuente de salud, no es cierto que todo se cure con ellos. Si es cierto que el fortalecimiento de la voluntad es beneficioso para la psique, no es cierto que la debilidad de la voluntad sea la causa de todas las patologías psiquiátricas.

Uno es el campo de la enfermedad y otro el campo de la virtud. El santo puede volverse loco, el pecador puede estar sano como una manzana, psiquiátricamente hablando. Son campos distintos y diversos, aunque tampoco están incomunicados, sino por el contrario muy interconexionados. Esta conexión (y también su desconexión) queda patente si observamos que hay tres grupos de enfermedades si atendemos a su origen:

FISIOENFERMEDADES MENTALES:

aquellas de origen químico o biológico

Son aquellas enfermedades que tienen un origen material y meramente material, no olvidemos que el cerebro es un órgano. Un desequilibrio químico o biológico de esas células basta para estropear esa máquina de producir pensamientos y que el pensamiento que produzca desde entonces esté viciado. Sin duda, por citar un sólo ejemplo, la esquizofrenia paranoide sería una enfermedad típica de este apartado

PSICOENFERMEDADES MENTALES:

aquellas de origen psíquico

Son aquellas cuyo causa en vano la buscaremos en el órgano físico, sino en el inmaterial funcionamiento de la mente. Por ejemplo, un trauma que genera una fobia es una enfermedad típica de este apartado.

PNEMOENFERMEDADES MENTALES³⁷:

aquellas de origen espiritual

Son aquellas que tienen su origen en una pasión desordenada. Es decir, su origen está en algo que nada tiene de patológico y cuya carácter morboso reside en haberse impuesto lentamente sobre la voluntad de un modo tiránico. Se trata de algo de una etiología que no tiene ningún misterio desde el punto de vista de la

³⁷El término "pnemoenfermedad" se contrapone al término "psicoenfermedad", el "pneuma" (espíritu) frente a la psique.

psiquiatría y que es un mero y simple acto éticamente desordenado. Pero esta repetición de actos, sin una voluntad que oponga resistencia, llega a mostrar carácter patológico. Un ejemplo de esto es el ludópata o el obseso sexual.

Ni que decir tiene que buena parte de las psicoenfermedades mentales se atenuarían muchísimo con una vida espiritual que sería una fuente de salud mental y de contención de los aspectos desordenados de esa psique. El origen de las psicoenfermedades mentales puede radicar exclusivamente en la psique (con total independencia de la vida espiritual de la persona), pero esa vida cristiana supone el mejor escenario mental para regular de nuevo esos aspectos psíquicos desordenados.

Incluso las personas que padecen una bioenfermedad mental sobrellevarían con mucha más paz y resignación esa cruz si fueran personas fervientemente religiosas. Por ejemplo, un paranoico, aun delirando, podrá recurrir al apoyo de un Dios Padre que le protege frente al enemigo que está conspirando. Incluso el esquizofrénico frente a la imagen alucinatoria de una serpiente suelta en su casa, podrá recurrir a la idea confortadora de una plegaria a la Virgen María que le protegerá.

Las pnemoenfermedades mentales tienen su origen y causa inicial en un campo meramente espiritual, en un vicio por hablar claro, también estos enfermos encontrarán no sólo ayuda en la psiquiatría, sino que en la mayor parte de los casos será necesaria esa intervención de especialistas psiquiátricos, pero al fin y al cabo hay que poner orden en ese alma. Y mientras no se ponga orden, el origen de ese desorden mental permanecerá. Y ese orden tiene que ver más con la paciente y artesanal labor de un confesonario (aunque la haga un psiquiatra), que con la fría labor de un médico-técnico que aplica un fármaco o que pone en práctica una terapia experimental recién traída de una universidad de Helsinki.

El origen de la enfermedad mental siempre es uno de estos tres, no puede haber más orígenes. No obstante, hay que tener en cuenta que una pnemopatología mental en la medida es que sea más profunda irá implicando más desórdenes de otro tipo en el campo de la psicopatología mental. Dicho de otro modo, un vicio cuanto mayor es, si llega a constituirse en enfermedad mental (pnemopatología), acaba produciendo psicoenfermedades mentales. Es decir, una pnemoenfermedad se va ramificando hacia otras partes de la psique y mostrando nuevos rasgos que nada tienen que ver con el origen espiritual de la patología que desencadenó el proceso de desestructuración de la psique. Al final todo está enmarañado y es difícil discernir dónde comienzan las ramas y dónde el tronco. Pero en las pnemoenfermedades el tronco fue un desorden de carácter inicialmente

moral. También en la consulta de un psiquiatra lo que más puede llamar la atención puede ser una fobia o un complejo, pero como en el que caso de las ramas de un árbol la enfermedad troncal puede ser algo menos vistoso que la fronda. Lo malo de las enfermedades psiquiátricas, es:

- 1) Que en estos casos las ramas, una vez formadas, tienen vida propia aunque cortáramos el tronco.
- 2) Que nunca queda muy claro donde acaba una rama y empieza un tronco. Por el contrario todo parecen ramas interconectadas sin tronco alguno.

Por ejemplo, una persona decide no poner ninguna traba a la búsqueda de la satisfacción sexual, en esto no hay nada patológico. Pero al cabo de unos años no sólo se abandona sin restricción ninguna a una búsqueda del placer sexual sino que comienza a buscarlo de modo desaforado. En un tercer paso esa búsqueda del placer le lleva a buscar objetos cada vez más extraños que sacien ese ansia. La búsqueda de objetos cada vez más retorcidos, cada vez más alejados de la razón natural, comienza a presentar desviaciones ya muy innaturales. Esas desviaciones van comprometiendo otros ámbitos de contención moral, comienza a nacer un sentimiento de culpa cada vez más dañino. No es la culpa que lleva al arrepentimiento y a la enmienda, sino que es la autoinculpación cada vez más intensa, cada vez más lesiva del que se siente irreformable. El sentirse irreformable le lleva a tener una concepción de sí mismo cada vez peor, cada vez más infame, nace otra ramificación patológica de la enfermedad troncal. La enfermedad troncal al mismo tiempo le lleva a temer ser descubierto, ese temor cada vez más incontralable desemboca en otra nueva enfermedad, una fobia social que se manifiesta ante situaciones muy específicas en las que se siente descubierto por los demás en la otra faceta oculta de su ego oscuro, ya tenemos una fobia además de un patológico sentimiento de culpa. De la combinación de la autoinculpación con esa fobia específica puede nacer la imposibilidad de ver fotos de cuando era niño porque ve en esa imagen inocente una reprensión hacia su actual forma de ser, etc, etc.

El mundo de las ramificaciones patológicas es casi infinito. Esto sólo era un ejemplo. Hay patologías que se originan a pesar de la vida que uno lleve. Pero hay otras muchas, la mayoría, que atajadas desde el principio el efecto dominó subsiguiente hubiera quedado abortado.

Hemos de entender que no es negar la ciencia psiquiátrica el afirmar que con una vida moral sana la mayor parte de las enfermedades se quedarían en meras tendencias contra las que el sujeto debería luchar y nada más. Hay que aceptar que la mayor parte de las patologías mentales en su origen y principio (antes de consolidarse como verda-

deras patologías) no requieren de complicados métodos, ni terapias conductuales, ni de nada especial, para reprimir estas semillas peligrosas de la psique.

Por supuesto que cuando el enfermo llega al psiquiatra ya no puede resistir aunque quiera, pero en un principio sí que podía. Dicho de otro modo, la enfermedad no se desarrolla no porque no pueda resistir, sino que no puede resistir porque ha dejado que se consolide como enfermedad.

Como se ve si tuviéramos que resumirlo todo diríamos que los viejos manuales de confesores contenían una ciencia psicológica muy profunda, eran verdaderos manuales de salud mental. Mientras que Freud con su verborrea vistió de terminos científicos y complejidad lo que desde el principio había sido mucho más sencillo de lo que Sigmund pensó. Porque el austriaco no entendió que lo que él creía que era causa de la patología, en realidad era efecto de un desorden espiritual. La pulsión no es la **causa** de la patología sino el **efecto** de un desorden anterior. Por lo tanto el especialista psiquiátrico en no pocos pacientes no ha de pasarse la vida apagando los fuegos de esas pulsiones, volverán a encenderse, sino que lo que debe tratar es de poner en orden toda la vida moral de la persona. Vida moral que forma como un edificio armónico, proporcionado, en el que todas las partes se sujetan entre sí. Vida moral en la que la persona refuerza su voluntad y se llena de alegría de vivir, vida moral sana en la que pide perdón de sus faltas, se siente perdonado y se esfuerza bajo una curativa dirección espiritual en luchar por acrecentar sus virtudes.

Esto que he dicho no anula las consecuciones de la ciencia psiquiátrica acerca del poder farmacológico sobre las patologías, ni lo que hoy día sabemos sobre el subconsciente, ni dejo de aceptar la verdadera complejidad que supone tener que bucear a menudo en la psique de la persona por sus plieges y repliegues en busca de la combinación de causas que han desencadenado una morbilidad específica. No, yo no niego las consecuciones de la ciencia psiquiátrica. Lo único que digo es que esas consecuciones, esos esquemas, deben encajarse dentro de este otro esquema, deben encajarse dentro de esta panorámica general que he descrito. Esos mismos logros de la ciencia psiquiátrica pueden enfocarse de un modo y de otro. Y hasta los psiquiatras más materialistas, aquellos que sean más dados a no aceptar la tesis de una línea objetiva separadora del bien y del mal, deben aceptar que la posición de la moral cristiana es una enseñanza no sólo propiciadora de la salud mental, sino incluso totalmente terapéutica.

Por hablar de un modo más concreto, a mí que recibo muchos casos de supuestos posesos, cuando me llega un caso de esquizofrenia paranoide le digo claramente y sin ambages de ningún tipo que debe que ir al psiquiatra, que la solución a su caso debe esperarla en el campo médico. Pero al mismo tiempo que les explico que es necesario que

continúen tomando sus medicinas, también les recomiendo que ellos mismos oren y den principio a una vida más cristiana, y acto seguido les doy consejos prácticos y concretos de qué hacer para empezar esa vida religiosa. Nunca pienso que la religión les va enmarañar más su paranoia. Quizá a alguien el mundo de lo religioso pueda suponer un poco de pábulo para su paranoia, un poco, pero también tendrá efectos salutíferos.

Si la enfermedad tuvo un origen espiritual, pero ya ha derivado en otras patologías psiquiátricas, también les digo que vayan al psiquiatra. Porque aunque su origen al principio lo hubiera podido atajar un confesor, al final precisará de confesor y psiquiatra. No es fácil encontrar un confesor que sepa de psiquiatría. Pero sí que es más fácil que algunos psiquiatras hagan el paciente papel de director espiritual, y lo hagan bien.

Y en las enfermedades cuyo origen es físico les animo a que sobrelleven esa cruz. La vida es un tiempo de prueba antes de ver a Dios, "accepte esta prueba que el Señor ha permitido en su peregrinaje sobre la tierra", les digo. Un enfermo mental puede llegar a la santidad. Es más, la enfermedad mental muchas veces supone una terrible pasión.

Los enfermos mentales aunque su responsabilidad quede atenuada tienen vida moral. Y así hay enfermos mentales muy profundos que son muy buenos y los hay también malos, e incluso muy malos.

Lo escrito aquí es fácil de simplificar, lo que he dicho está lleno de matices. Ojalá que el mundo de la psiquiatría fuera simple, pero no, es complicado como la enfermedad misma que se trata de curar o paliar. Pero sin duda, hasta los más ateos de los psiquiatras, hasta aquellos que niegan de un modo más rotundo la objetividad de las normas morales, deberán reconocer que la claridad y sencillez del esquema de las enseñanzas cristianas poseen un carácter curativo, simplificador, tranquilizador y afianzador en medio de todas las complicaciones en las que se mueve todo desorden mental.